

# Los maridos en el “norte”; las mujeres ¿bien, gracias?

Birgit Schmoock y Claudia Radel

La migración de mexicanos hacia Estados Unidos ha sido una constante en las relaciones entre ambas naciones desde hace más de siglo y medio, pero se ha intensificado considerablemente en las últimas tres décadas. Factores diversos como la vecindad geográfica, tendencias demográficas y laborales, la creciente integración económica, la crisis del campo y las intensas relaciones e intercambios entre los dos países, hacen inevitable estos movimientos poblacionales.

El flujo anual de migrantes mexicanos hacia el vecino del norte pasó de un promedio de 26-29 mil personas en la década de 1970 a más de 300 mil en la década de 1990, y a cerca de 400 mil en los primeros cuatro años del presente siglo. Es decir, la cantidad de migrantes se multiplicó más de 13 veces en 34 años. Esto ha dado lugar a la conformación de una comunidad “mexicana” de magnitud considerable en un país extranjero, que ascendía en 2003 a 26.7 millones de personas, de las cuales 9.9 millones eran migrantes nacidos en México y cerca de 16.8 millones eran pobladores de ascendencia mexicana nacidos en Estados Unidos.

## ¿Por qué migrar?

La migración a Estados Unidos cada día se vuelve más frecuente y las zonas

“expulsoras” en nuestro territorio van en aumento. Por ejemplo, en el estudio “Efectos de la migración a Estados Unidos en el campo”, realizado por ECOSUR (México) y la Universidad de Utah (Estados Unidos), nos enfocamos al proceso migratorio laboral en el sur de la península de Yucatán. Elegimos comunidades rurales del municipio Othón P. Blanco, Chetumal, y del municipio de Calakmul, Campeche; regiones ubicadas en la frontera sur de México, que se caracterizan por un desarrollo agrícola marginal y pocas alternativas económicas, lo cual incide en la necesidad de sus habitantes de buscar opciones que les permitan mejorar su calidad de vida.

En ambos municipios, el fenómeno migratorio aumentó notablemente en los últimos 10 años. El Consejo Nacional de Población reportaba que en el periodo 1995 a 2000, en cada municipio aproximadamente 0.90% de las familias tenían uno o más migrantes en Estados Unidos. En



Cuando los hombres migran a Estados Unidos, ¿cómo se adaptan las mujeres a la nueva situación? ¿Incrementan su nivel de vida o desearían volver a la situación de antes? La situación es compleja y comprende aspectos positivos y negativos.

cambio, en un estudio que realizamos en 2004-2007, el número creció hasta 24% en algunos ejidos.

Los pobladores mencionan diversas razones para “mandar” a sus familiares a ese país; entre ellas destaca la cada vez más difícil situación del sector agrícola, así como los precios bajos de los productos que cultivan y venden, o bien, las fluctuaciones climáticas que afectan las cosechas (por ejemplo, el chile jalapeño, uno de los cultivos más rentables, es demasiado vulnerable a sequías, tormentas o huracanes).

También hay que mencionar que para los jóvenes que estudiaron la secundaria o preparatoria, la movilidad representa una posibilidad de capitalizar su educación, lo que es muy difícil en el campo.

### Aventura masculina

Ir al “norte” sigue siendo una aventura eminentemente masculina. De los migrantes considerados por el estudio, más del 80% son hombres. De éstos, aproximadamente 60% son solteros y 40% son casados. Muy pocos llevan consigo a sus esposas, pues por lo general, ellas se quedan para atender a los hijos y garantizar que los derechos ejidales no se pierdan.

¿Cómo se adaptan las mujeres a la nueva situación? ¿Incrementan su nivel de vida o desearían volver a la situación de antes? La situación es compleja y comprende aspectos positivos y negativos.

Las remesas son una de las ventajas para las mujeres cuyos maridos están en Estados Unidos. El dinero que reciben del extranjero permite mejorar la situación económica de la familia, con la reserva de que primero deben liquidar las deudas contraídas para financiar el “transporte” de su pariente a Estados Unidos.

Por otra parte, por lo menos durante el primer año de ausencia del marido, las familias de los migrantes siguen

cultivando maíz, pero la mayoría deja de producir chile. Éste es un cultivo comercial que en años buenos puede generar muchas ganancias, aunque en años malos ocasiona pérdidas considerables. Las remesas sustituyen las ganancias del chile y de ese modo los pobladores cuentan con un ingreso más o menos estable sin los riesgos que implican las malas temporadas de la cosecha.

La decisión de cultivar o no sin el jefe de familia impacta directamente a las mujeres, pues ellas deben sustituir la fuerza laboral de sus esposos, ya sea trabajando más en la milpa o vigilando a los jornaleros, cuando los hay. El 100% de las mujeres entrevistadas con un esposo ausente atienden sus milpas, en actividades de tumba, siembra, deshierbe o cosecha, mientras que solamente un 30% de aquellas con esposo presente participan en estas tareas.

Si bien las cónyuges de migrantes trabajan más en las labores agrícolas, no son ellas las que toman las decisiones correspondientes. En la mayoría de los casos son los esposos los que, a pesar de la distancia, siguen dando las instrucciones sobre la forma de cultivar la parcela familiar, y normalmente lo hacen por teléfono.

### El dinero es importante, pero...


Al ausentarse sus maridos, las mujeres tienen la oportunidad de manejar los ingresos familiares. Pueden administrar los recursos provenientes de programas gubernamentales como Procampo, o incluso echan a andar actividades que generan dinero, entre ellas, la fabricación de hamacas o la venta de cosméticos y otros productos. En cambio, cuando los esposos están presentes, las mujeres no participan en estas actividades.

Los ingresos mencionados son especialmente importantes cuando las primeras remesas aún no han llegado o cuando todavía se están pagando las

deudas del traslado; si bien son recursos limitados, brindan a las mujeres una mayor autonomía y control sobre el dinero. Aunque se trata de un beneficio importante, a muchas se les dificulta tomar las decisiones financieras que antes tomaban junto con su pareja.

En términos generales, el cambio de papeles que implica tener un marido migrante no siempre es sencillo. Por ejemplo, la necesidad de contratar y supervisar a jornaleros para realizar las labores pesadas en la milpa es un desafío al rol tradicional de las mujeres en el campo, y con frecuencia se sienten incómodas por percibir una inversión de roles no deseada y no ligada a una decisión personal.

También existe la queja generalizada de que la carga adicional de trabajo amenaza su libertad personal y varias de las entrevistadas preferirían no tener tales responsabilidades. “Con mi viejo aquí en casa, todo era más sencillo...”, afirma doña Cuca; sin duda, se trata de posiciones personales que reflejan también la carga emocional de tener lejos a sus esposos.

Podemos decir que los hogares con migrantes en Estados Unidos muestran un mejor desempeño en cuanto a ingresos no agrícolas y otros indicadores de bienestar material. Sin embargo, la ausencia del padre-cabeza de familia tiene un efecto mayor que el que muestran estos indicadores; de ello dan cuenta las voces, no siempre escuchadas, de las mujeres que se quedan en casa a cargo de prácticamente toda la base familiar. 

Birgit Schmook es investigadora del Área de Sistemas de Producción Alternativos de ECOSUR Chetumal (bschmook@ecosur.mx) y Claudia Radel es académica de la Universidad de Utah, Estados Unidos.